

— Serie From New York, 1 —

CRISTINA PRADA

FROM  
NEW YORK

Beautiful



 esencia

*From New York.  
Beautiful*

Cristina Prada

Esencia/Planeta

© Cristina Prada, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Diseño de la cubierta: idea original de Tiaré Pearl

Primera edición: septiembre de 2021  
ISBN: 978-84-08-24569-8  
Depósito legal: B. 11.080-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SARAH

*Cuando Harry encontró a Sally...*  
*(When Harry Met Sally...)*  
1989, Rob Reiner

¡Las comedias románticas tienen la culpa de todo!

Me llamo Sarah Holloway y mi vida es un absoluto desastre. No un desastre como las vidas de las protagonistas de las comedias románticas, del tipo «oh, qué desgraciada soy, porque, a pesar de medir uno ochenta y tener las tetas más duras y firmes de toda la costa este, me siento fea y algo dentro de mí me impide disfrutar de que un megamillonario, joven, guapo y con una habilidad para el sexo contra la pared que ni Thor lleno de esteroides, me quiera, me compre ropa y me regale un coche, un pisazo y un iPad, porque yo lo valgo... y el iPad, Retina, de diez pulgadas, a ver si os pensáis que yo acepto cualquier cosa». No, yo soy desgraciada a un nivel real.

Tengo un empleo en el que me esfuerzo mucho por un mal sueldo. En mi familia todos son más altos y más rubios que yo, y desempeñan grandes trabajos, de esos de salvar vidas, mientras que yo solo soy abogada, picapleitos para más señas. Compararnos a mi hermana Heidi y a mí, por ejemplo, sería como hacerlo entre el presidente de Médicos Sin Fronteras y el abogado de Lindsay Lohan, por reputación, no por dinero. ¿Os he contado ya la irrisoria cantidad que cobro? Eso me lleva a mi segunda queja: mi apartamento. En las películas, la chica casi siempre es pobre, casi siempre camarera y casi siempre vive en el Village. ¡¡Ja!! Si eres de clase media tirando a baja, vives al sur de Manhattan, en el Lower East Side o en Alphabet City. Si eres de clase baja tirando a media, lo haces al noroeste de Manhattan, pero en la lejanía del horizonte

aún puedes intuir Central Park. Si eres de clase baja estándar, vives al norte de Manhattan y un poco más lejos del parque. Y si eres abogada júnior en una empresa y tu sueldo es el equivalente a que tu jefe te llame Sally Hathaway porque no recuerda ni tu nombre, vives al norte de Manhattan, al norte del parque y al norte del norte; vamos, prácticamente en Narnia, solo que aquí todos los faunos escuchan a Pitbull hasta las tres de la madrugada.

¿Y solo por eso se queja?, os preguntaréis. Qué ilusos. Dejé de preocuparme por ese tipo de cuestiones el día que volví a mi casa y vi a mi marido tirándose con ímpetu a una pelirroja sobre la barra de nuestra cocina. Lo que más me repateó fue el *ímpetu*, esa pequeña y beligerante palabra, porque la última vez que nosotros lo habíamos hecho había sido en la cama, con nulo esfuerzo por su parte, después de que me paseara con la lencería que me había comprado y para lo que había tenido que estar dos semanas comiendo sándwiches de queso en vez de bajar a la cafetería con los compañeros para poder ahorrar lo suficiente, y ni siquiera se molestó en hacerme llegar al orgasmo. Cuando lo pillé con la susodicha, podría haber hecho muchas cosas, pero solo caminé hasta ellos, cogí la bolsa de gofres de la encimera y me marché.

Así que actualmente ostento el rango de divorciada, pero no es como mi amiga Lexie me juró que sería en mitad de mi «despedida de casada»; según ella, los hombres y los polvos descontrolados, truculentos y sudorosos se contarían por cientos. Supongo que debí sospecharlo cuando, lo que iba a ser la primera juerga de esa nueva etapa, acabó con las dos borrachas y disfrazadas de Blancanieves en su apartamento.

El resto de mis problemas os los enumero en una breve lista: mi jefe, sí, ese mismo que no recuerda ni mi nombre y que no se parece en absoluto a Brad Pitt, me tiró ayer los trastos, cosa que eludí con una gracia impropia de mí y que él se tomó como coqueteo y que me llevó a tenerlo lo suficientemente cerca como para, justo después de subirse el pantalón con las dos manos hasta el límite de su oronda panza para armarse de valor, ver cómo le brillaba la calva. Creo que tengo un problema con el alcohol, del que culpo a mi

amiga Lexie, quien, para colmo de mis males, está muy buena, cosa que no me ayuda. El otro día le exigí que engordara diez kilos bajo amenaza de que dejaría de hablarle, porque necesito poder mirarla y sentirme mejor, pero el karma me devolvió el favor y la que engordó fui yo, dos kilos.

Mi vida actual se podría resumir en: profesional liberal, divorciada, sin blanca, intentando dejar de ser fumadora, con tendencia al alcoholismo, acosada por su rollizo jefe, con dos kilos de más, busca... busca que alguien venga y termine con su *cómica* existencia, porque en cinco meses tiene que ir a la boda de su hermana pequeña, superdotada, superguapa y superfísica experimental, la ganadora más joven de la beca McArthur. Universo, acaba conmigo, ya.

La culpa es de Hollywood y el cine romántico. Me crearon unas expectativas muy altas y deliciosamente bonitas de lo que sería mi vida, solo que olvidaron explicarme que los multimillonarios terriblemente encantadores que conducen deportivos no se pierden en mi barrio y, de hacerlo, creo que los atracarían sin contemplaciones. Richard Gere, mejor bájate la aplicación de Google Maps a tu móvil.

\* \* \*

—¡No! —grito con la mirada fija en el espejo de cuerpo entero de mi habitación—. ¡No! ¡No! ¡No!

¡No puede ser, maldita sea! ¡Me niego a que sea!

—¿Qué pasa? —pregunta Lexie, entrando en el dormitorio—. Te he oído chillar desde la cocina.

Siendo sinceras, eso tampoco resulta muy difícil, ya que nuestro piso puede medirse en centímetros cuadrados.

—No puede ser —repito en voz alta.

—¿El qué no puede ser?

—Me he encontrado una cana.

—¿Y por eso armas semejante escándalo? —replica, a punto de echarse a reír—. Te tiñes el pelo y listo.

Se deja caer en mi cama y reactiva Spotify en mi portátil, ha-

viendo que suene otra vez la última canción que he escuchado mientras estaba en la ducha: *Seasons*, de Olly Murs.

—No puedo teñirme.

—¿Por qué no?

—No puedo porque es un sitio en el que no puedes hacerlo.

Lexie parece reparar entonces en que estoy en albornoz... y en mi cara de susto, supongo.

—¿Te ha salido una cana en los bajos?

Y, antes de dejarme responder, la muy perra estalla en carcajadas.

—¡Lárgate! —protesto, tirándole por escrupuloso orden de tamaño todo lo que tengo sobre la cómoda.

—Vale, vale... —me pide, alzando las manos—. Lo retiro.

—Eres una amiga horrible —me quejo, dejando sobre el mueble de nuevo mi frasco de leche corporal con esencia de coco.

—Y tu chichi está a punto de retirarse a vivir a Florida. Nadie es perfecto.

La amenazo nuevamente con el bote, pero ella vuelve a levantar las manos.

—Lo retiro, lo retiro —pero la conozco y, en el fondo, no va a retirar nada—. ¿Estás lista?

Asiento.

—Dos minutos. Solo tengo que vestirme.

La miro esperando a que se marche, pero no lo hace. Sí, Lexie es de esas amigas que vulnera siempre tu intimidad y tu espacio personal, amén de cotillearte el correo y el teléfono si piensa que obtendrá algo truculento, y todo lo hace con una indecente seguridad en sí misma... pero también te presta sus zapatos, jamás te deja beber sola y, cuando te deprimes porque tus vaqueros preferidos ya no te cierran o te culpas del ímpetu de tu exmarido sobre barras de cocina, te da el rapapolvo que te mereces y te obliga a no cargar con la responsabilidad de cosas que no te corresponden. Además, la quiero muchísimo. Es mi persona favorita.

Pongo los ojos en blanco, exasperada, y me visto tratando de conservar el albornoz al mismo tiempo para que no se me vea nada.

—¿Por qué te escondes? —se burla—. Tenemos lo mismo entre las piernas. Bueno, el tuyo ahora parece Gandalf el Gris. —Sabía que ni lo retiraría ni lo olvidaría.

La asesino con la mirada, entrecerrando los ojos, y termino de vestirme con un grado de dificultad siete y medio en la escala de las mujeres imbéciles que se avergüenzan de sí mismas.

—Eres idiota —certifica, tumbándose por completo en mi cama.

—Si mi físico se pareciera al de Rita Ora, yo también jugaría a recoger el correo en ropa interior.

—Yo nunca recojo el correo en ropa interior —se defiende, incorporándose y apoyándose sobre los codos.

—Te veo el culo, diariamente —especifico, índice en alto—. Muchas más veces de las que debería.

Ya con mis vaqueros rotos preferidos puestos y una camiseta estampada con pequeños búhos, me recojo mi media melena rubia en una coleta y me agacho para recuperar mis botas del suelo.

—Mi culo se merece ver la luz del sol y divertirse.

—Pon esa frase en tu información básica del Facebook y jamás volverá a estar solo —la pincho.

Ella se levanta toda dignidad y me dedica un mohín.

—Eso sí que ha sido de amiga horrible —protesta—. Hoy he estado viendo *Girls* en el ordenador —cambia diametralmente de tema— y me he puesto de mal humor.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

Flexiono la rodilla para calzarme una de mis botas aún de pie, pero la gravedad me juega una mala pasada y me inclino hacia un lado al tiempo que empiezo a dar saltitos tratando de mantener el equilibrio y acabo cayéndome sobre el colchón. Eso sí, no suelto la bota. Técnicamente, he ganado yo.

—Quizá porque... ¿nosotras éramos así? —contesta veloz, pasando por alto que soy la persona más patosa de Nueva York—. Quiero decir, son pretenciosas y creen que tienen la solución a todos los problemas del mundo, pero no hacen nada por nadie. En el

fondo, son unas mimadas con ínfulas de artistas... y ha sido como mirarme en un espejo —sentencia.

—Un fiel reflejo de nuestra generación —convengo entre risas.

Me calzo la otra bota, todavía tumbada. Yo pensé exactamente lo mismo la primera vez que la vi, y me di cuenta de por qué todos los de cincuenta llevan quince años considerando que los de treinta somos insoportables..., lo somos.

—Un día crees que eres como Hillary Duff en *Younger*, con estilo y éxito, y al otro comprendes que, en realidad, eres como Lena Dunham... en cualquier sitio donde Lena Dunham salga, irritante y con tu padre pagándote el alquiler. Es duro —se lamenta, melodramática.

Lexie es fotógrafa artística, y muy buena, pero, mientras da el gran salto y logra mantenerse por sí misma gracias a su talento, cosa que estoy segura de que ocurrirá muy pronto, su padre le paga el alquiler y las facturas desde Bridgeport.

—Siento interrumpirte en mitad de una reflexión tan profunda —cambio de tema, levantándome—, pero tengo que irme.

El porqué aún no lo sé. Debí fingir que estaba enferma cuando me invitaron.

Me echo un último vistazo en el espejo y salgo de nuestro apartamento.

Bajo las escaleras de mi edificio todo lo deprisa que puedo. Al pasar por el rellano de la segunda planta, nuestro piso está en la cuarta, oigo algo que no sé si es español o portugués, pero está claro que discuten porque alguien le ha puesto los cuernos a alguien. Esos gritos y el mencionar tanto a la madre del otro son universales.

Entro en la estación de metro de la 175 y desciendo los escalones prácticamente saltando. ¡No puedo llegar tarde! ¿Por qué tengo la sensación de que todas mis historias empiezan conmigo corriendo para no perder el metro? Tengo que hacérmelo mirar.

Me esperan dieciocho paradas, un transbordo y otras diez estaciones más hasta Prospect Heights, en el norte de Brooklyn. Mi familia siempre ha vivido allí. Mis padres se conocieron en la universidad, se enamoraron, se casaron y se esforzaron en afianzarse

en sus respectivos trabajos. Él, un reputado profesor de astrofísica; ella, psiquiatra e investigadora del trastorno por estrés postraumático, el TEPT.

Al decidir tener hijos, también decidieron dejar Manhattan y mudarse a un barrio residencial seguro, tranquilo y con una casi inexistente tasa de criminalidad. Mis padres son demasiado inteligentes y concienzudos como para haber tenido que comprarse un test de embarazo antes de saber que lo leerían en el baño de una casa situada en una zona con buenos colegios.

Mi móvil, un iPhone de generación menos treinta y seis, comienza a sonar. Miro la pantalla y resoplo al ver el nombre de mi hermana Monica, justo por debajo de la cinta adhesiva que tuve que ponerle hace dos días, cuando Lexie se cayó con él mientras bailaba *Medellín*, la nueva canción de Madonna y Maluma. Mi pobre teléfono fue víctima de fuego amigo.

Sé que suena horrible, pero me planteo seriamente no contestar. Después de hablar con ella, siempre me siento como si midiese dos pulgadas. Soy totalmente consciente de que no es culpa suya, pero no puedo evitarlo.

—¡Sarah! —exclama en cuanto descuelgo—. ¿Dónde estás? ¿A punto de llegar? Por lo menos, dime que ya has salido de Manhattan. Aún estás en el metro, ¿verdad? —demanda, sin dejarme responder a nada—. Tienes que aprender a organizarte mejor. No es tan difícil, ¿sabes? —plantea, socarrona—. Pones la alarma, te levantas con tiempo...

—Estoy en el metro, pero llegaré puntual —la informo.

La oigo chasquear la lengua al otro lado de la línea.

—Eres un desastre, pequeña patosa.

Tuerzo los labios. Pequeña patosa ha sido mi apodo familiar desde que tenía cinco años. No penséis mal, tengo familia, no una pandilla de cabrones. Me pusieron ese mote por «Barrio Sésamo», más concretamente porque Coco, el de «ahora estás cerca, ahora estás lejos... y ahora necesitas gafas porque en los ochenta nadie les decía a los niños que no se sentaran tan cerca de la pantalla para verme hacer el idiota», era mi preferido y, los que alguna vez hayáis visto algún capítulo del popular programa infantil, sabréis que la

marioneta azul, como yo, no era el colmo de la gracia atlética; luego, pequeño patoso él, pequeña patosa yo.

—He cogido el tren que tenía que coger y llegaré a tiempo.

—Permíteme dudar, pero no pasa nada —me rebate otra vez—. No pases por casa de papá y mamá —añade, y frunzo los labios. Tenía la contestación perfecta preparada: «Permíteme dudar que tú seas humana y no una replicante de *Blade Runner*, pero de los de la primera, los que querían acabar con la vida en la tierra»—. Ve directamente al colegio de Patty.

Patty es su hija de ocho años, por lo tanto, mi sobrina, y solo espero que, por su bien, sea otra replicante, pero en esta ocasión de los de la peli de Ryan Gosling, que aceptan de buen grado lo de ser esclavos, o se irá de casa antes de cumplir los dieciséis.

—De acuerdo —respondo, sacando una chocolatina de mi bolso con la mano que me queda libre y abriéndola con los dientes.

—¡Deja de comer! —me regaña al cabo de dos segundos.

¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Además, seguro que es una chocolatina —incide.

En serio, ¿cómo...?

—Es una Bounty. Lleva coco, y el coco es una fruta —me defiendo, y tengo toda la razón. Podría estar comiéndome un Crunch o unos Reese's o un pretzel... Maldita sea, ahora quiero un pretzel de esos gigantes del puesto de la 10 Oeste. Miro el mapa en una de las paredes del vagón. Podría bajarme en el Village, comprarme uno y volver a subir.

—Eso no es comida —afirma.

—¿Tienes algo más que decir? —pregunto con la boca llena de chocolate y coco, un poco con el único objetivo de fastidiarla.

—No llegues tarde —me riñe por millonésima vez; sí, cuento todas las veces que lo ha hecho telepáticamente.

Voy a responder por millonésima vez también que voy a ser puntual como un reloj, pero cuelga antes de darme la oportunidad.

Me separo el teléfono de la oreja y resoplo con los ojos fijos en la pantalla, esperando a que vuelva a la de inicio.

—Llegaría tarde solo para molestarte —murmuro a regañadientes, obviamente solo para mí.

—Su hermana tiene razón —oigo que me dice una vocecita a mi lado—. Las chokolatinas no son comida.

Me giro con una mezcla de confusión y miedo, pensando que Monica ha dado un paso más en su malévolos plan para dominar el mundo antes de cumplir los treinta y tres y ha levantado su propia red de espías internacionales, y me encuentro con una ancianita asintiendo con desaprobación a mi dieta, sentada en uno de los dos asientos que tengo enfrente, separados del mío por el pasillo.

—Lleva coco —comento aún un poco alucinada, alzando el dulce— y mi vida es muy dura. Me merezco una chokolatina de vez en cuando.

—Cuando no encuentres marido por tener demasiada carne pegada a los huesos, lo será mucho más, jovencita.

Decido obviar la primera parte de la frase. Esta abuelilla es una canija, no estoy en posición de competir con ella.

—Ya tuve un marido y no se portó nada bien conmigo —le explico—. Al final lo único que me quedó fue un paquete de gofres.

—Lo que yo decía —se recrea, meneando la cabeza y con ella su sombrero de Macy's—. Tu problema no son los hombres, son los dulces.

La miro con la boca abierta y la chokolatina suspendida en el aire. ¿Esta señora, con pinta de haber vivido en directo el desembarco de Normandía, acaba de decirme que mi matrimonio naufragó porque soy una gorda mental?

El metro se detiene en la estación de la 81, la del Museo de Historia Natural.

—Deja de comer —ratifica, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Sí, lo ha hecho.

—¡Debería haberlo visto a él! —me quejo, girándome en mi asiento para poder mirarla—. Se parecía a Chris Pratt cada vez que se olvida de que ahora es un superhéroe y encuentra la llave del cajón de los dónuts que le han escondido.

Tengo toda la razón. Yo quería a ese maldito idiota, pero ese maldito idiota tenía un único abdominal, grande y redondo.

La ancianita cabecea con desaprobación y finalmente se baja. Yo noto cómo el resto de los pasajeros me observan y me vuelvo para quedar perfectamente sentada de nuevo. «Sarah Holloway, quien diga que una vida no puede mejorar en un solo instante es que nunca ha llevado tus zapatos.» Por supuesto, soy toda ironía... y, por supuesto también, me termino la chocolatina. Nadie va a hacerme cambiar de opinión: el coco en una Bounty sigue siendo fruta.

Después de las correspondientes paradas y el transbordo, por fin llego a la estación de Grand Army Plaza. Siempre me ha llamado la atención esta parte de Brooklyn, con el gigantesco Prospect Park, todo abierto y despejado, casi dibujando la palabra *diáfano*; parece como si los rascacielos de la isla de Nueva York se diluyesen en una nube de algodón de azúcar verde hierba.

Camino un par de manzanas y accedo a la escuela de primaria Montessori Day; por si alguien lo dudaba, la mejor del distrito.

El divertido salón de actos ya está hasta arriba de padres y demás familiares y hay cadenas de papel de colores por todos lados. Sonríe. La cosa promete.

Sin embargo, paso de largo la sala y me dirijo hacia las aulas; en concreto, hacia la de mi sobrina Patty. Mi hermana debe de estar allí, dando instrucciones a diestro y siniestro a los pobres padres (y profesores) que se hayan presentado voluntarios para ayudar en la fiesta.

No tardo en encontrarla. Está sentada a una de las pequeñas mesas, hablando con dos mujeres y un hombre, de pie frente a ella, cargados con una veintena de globos cada uno, que la miran con cara de susto.

—Y ya estáis tardando —sentencia, agitando las manos para que se muevan.

Sabía que no me equivocaría.

—Hola —la saludo, caminando hacia ella.

—¿Hola? ¿En serio? —suelta, levantándose de un salto y saliendo a mi encuentro. Es como uno de esos velocirraptores de *Parque Jurásico* cercando a su presa.

—Así es cómo se acostumbra a saludar en Estados Unidos,

pero, si quieres, podemos probar en otros idiomas... *Ni hao* —añado, superorgullosa, en chino, la única expresión que me sé gracias al señor Wang Su, el dueño del pequeño supermercado barra cafetería barra oficina de correos barra restaurante a domicilio ilegal de mi calle.

—Muy graciosa.

Me quita la bandolera sin ninguna delicadeza y hace lo mismo con mi chaqueta vaquera.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Es tarde y una de las madres no ha podido venir —me explica, desabrochándose el cinturón y tirando de él hasta hacerlo pasar por todas las presillas—. La muy perra tendría que haber avisado antes. Seguro que está tumbada en el salón de su casa, bebiendo chardonnay directamente de la botella. Podría tener la decencia de esperar hasta que los niños se duerman, como hacemos todos.

—A) no te ha avisado porque te tiene miedo, estoy segura —le rebato, pero ella pasa de mí—, y b), ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Vas a sustituirla. Tienes que disfrazarte de hawaiana.

Comienza a desabotonarme la camisa sin ni siquiera mirarme a los ojos. Ahora entiendo cómo se sienten los ligues de Alex Rodríguez.

—Para —protesto, tratando de apartar sus manos.

—No paro.

Intenta alcanzar mis botones, yo la golpeo en los dedos, ella a mí y, durante los quince segundos siguientes, solo se oye una ristra de rápidos manotazos.

—No voy a disfrazarme —me escabullo, dando un paso atrás.

—Oh, sí.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Monica.

—Sarah —contraataca, arqueando una ceja.

Mi hermana y yo nos llevamos dos años, la edad justa como para que siempre haya sido una auténtica mandona conmigo, aun-

que, conociéndola, solo habría necesitado tres minutos de diferencia para decidir que tenía que obedecerla.

—Ni de coña —le dejo claro, entrecerrando los ojos.

Un rumor llega desde el pasillo. Por inercia, llevo la vista hacia la puerta y ella aprovecha esa mínima distracción para abalanzarse sobre mí, tumbarme en el suelo y quitarme la camisa. Forcejeamos, pero la muy maldita tiene una fuerza sobrehumana.

—Tienes que dejar las clases de pilates para madres e hijas —farfallo casi sin aliento, tratando de recuperar mi ropa—, pareces una luchadora olímpica de la Unión Soviética.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz de mi madre se mezcla con su característico caminar, pausado pero siempre decidido.

Aprovecho que ahora es Monica la que se distrae para quitármela de encima de un empujón. Lo último que veo antes de levantarme es cómo sus pies, enfundados en sus Converse, vuelan por encima de su cabeza. Una sonrisilla satisfecha se me escapa.

—Tu hija mayor ha perdido el sentido común —protesto, levantándome... en sujetador.

Mi hermana también recupera la verticalidad y ambas se miran. Otro momento que aprovecho en mi beneficio, esta vez para dar un paso y recuperar mi camisa de un tirón. Segunda sonrisa satisfecha del día. Esta se la dedico a la ancianita del metro. Chúpate esa, vieja chalada.

Dejan de observarse y, a continuación, mi madre dirige su mirada hacia mí justo un microsegundo antes de dar un paso en mi dirección.

—¿A qué estás esperando para cambiarte? —me riñe, quitándome la camisa de las manos—. Ya tendrías que estar lista.

Debería haberlo imaginarlo.

—No voy a vestirme de hawaiana —dejo cristalina y clara.

Pero ninguna de las dos parece tomarme en serio y mi hermana se acerca a mí con lo que claramente es un sujetador hecho de cocos.

—Vístete tú —gruño, retirándome un paso y señalando con el índice a Monica—. Patty es tu hija.

—Yo tengo que controlar que todo salga bien —responde como

si fuera obvio—, y tú me estás dando mucho trabajo —me recri-  
mina.

Mi madre asiente.

¡No puede ser verdad!

Monica se acerca. Se me están acabando las opciones.

—Que lo haga Heidi —propongo, desesperada.

Nuestra hermana pequeña es guapa y rubia y delgada, mucho  
más apropiada para una falda fabricada de hojas de palmera.

Las dos vuelven a mirarse y ambas acaban soltando una risita de  
lo más condescendiente... en plan «ya está la pequeña patosa soltan-  
do sandeces». Yo resoplo, al borde de la pataleta. Tengo treinta años,  
estoy deprimentemente divorciada, he engordado y me ha salido  
una cana en un sitio muy concreto; lo último que necesito es pa-  
searme por una escuela de pijos prácticamente en bragas.

—Tú eres la más adecuada para hacerlo, Sarah —apuesta mi  
madre, dando un paso hacia mí—. Eres la más... —se toma unos  
segundos para pensar la palabra apropiada—... extrovertida.

—No es verdad —contestamos Monica y yo al unísono, aunque  
resulta obvio que por diferentes motivos.

Fulmino a mi hermana con la mirada.

—Tienes que ganar en todo, ¿eh? —apuntillo.

—Fui reina del baile.

—Te acostabas con el *quarterback* del equipo.

—¿Cuántas veces te he dicho que era virgen cuando conocí a  
Jeff?! —me contradice, indignadísima.

—La virginidad no volvió a crecerte cuando te pidió matrimo-  
nio y que os mudarais a un barrio con buenos colegios.

—Se acabó —me amenaza, girándose hacia mí—. Estás muerta.

Le mantengo la mirada y me río impertinente y desafiante, pero  
creo que no surte el efecto deseado, porque vuelve a abalanzarse  
sobre mí, a tumbarme en el suelo y, esta vez, se deshace de mis  
pantalones.

—Para —protesto, forcejeando.

Obviamente no lo hace.

—Chicas —dice nuestra madre, pero no hace ningún intento  
por separarnos.

La gran doctora en psiquiatría Adeline Holloway siempre ha tenido muy claro que los niños deben resolver solos sus conflictos, ya que intervenir convierte al adulto en el objeto de proyecciones de moral y justicia en lugar de conseguir esos baremos por ellos mismos... Eso o que secretamente siempre ha pensado que la más fuerte sobreviviría y enterraría a la otra, por lo que se ahorraría tener que ir a la mitad de funciones escolares.

—Está bien —pronuncia mi hermana con la voz jadeante por el esfuerzo—. Hagamos un trato —me propone. Me detengo y la escucho con recelo—: ponte el disfraz y nos acercamos al escenario por la parte de atrás, nadie te verá. Echas un vistazo, averiguas si te sientes cómoda y, si no, volvemos y te cambias.

La observo. Lo pienso un segundo.

—Eso parece muy... razonable —respondo con cierto resquemor.

Monica se levanta y tira de mis dos manos para ayudarme a hacer lo mismo.

—Claro que sí —sentencia sin asomo de dudas—. Yo soy exactamente así.

Tendría bastantes apuntes que hacer a esa afirmación, pero decidido correr un tupido velo. Me pongo la falda de hojas de palmera, el sujetador de cocos y la guirnalda, el completo hawaiano, e incluso me suelto el pelo y me coloco una especie de corona hecha con flores más pequeñas.

Como me ha prometido, llegamos al escenario del salón de actos por una puerta que da directamente al *backstage* desde la sala donde ensaya la orquesta. Las cortinas ya están corridas y varias niñas, entre ellas Patty, están situadas en el centro de las tablas. Los flashes y los murmullos se multiplican.

Me asomo con discreción. Hay aún más gente que antes. ¿Es que contratan figuración como en los Óscar?

—Hay mucha gente.

Mi hermana asiente.

—Es la función de fin de curso. Nadie quiere perdersela.

Ahora la que asiente soy yo. Es lógico. Miro las hojas de palmera. Quiero echarle un cable, pero no creo que sea capaz de salir ahí.

Seguro que me las apaño para que acabe viéndoseme el culo de la más ridícula de las maneras.

—No sé, Monica...

—Oye —me interrumpe, cogiéndome por los hombros y girándome hacia ella—, si no lo ves claro, no lo hagas. No me gustaría que pasaras un mal rato.

Sonrí, aliviada. Puede que a su lado Adolf Hitler parezca un hare krishna, pero la quiero muchísimo.

—Eres mi hermana —sostiene sin dudar— y para mí lo más importante es que, sea donde sea, estés cómoda y a gusto.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿De verdad? —pregunto casi con emoción.

Ella me mira y también sonrío.

—¡Claro que no! —responde, olvidándose de ese tono tan amable y empujándome al escenario sin ninguna piedad—, pero es más fácil engañarte que a Heidi.

Salgo atropelladamente, deteniéndome en el centro por pura inercia y consiguiendo que todos los ojos se posen en mí al mismo tiempo que en el enorme salón se hace un silencio sepulcral. Miro las filas y filas de asientos y una sonrisa nerviosa se me escapa. ¿Qué demonios voy a hacer? ¡Me estoy muriendo de la vergüenza! Cuando recuerdo que solo llevo unas bragas debajo de la falda, una sonrisa aún más acelerada se cuelga en mis labios. ¡Quiero morirme!

Mi sobrina Patty, vestida como una minihawaiana, me mira y me hace un gesto con la cabeza para que me coloque a su lado. Yo la observo y asiento, pero tardo un segundo de más en moverme, logrando llamar aún más la atención de TODO el mundo.

—Y ahora —anuncia una voz desde la megafonía—, la clase de segundo de primaria bailará un hula.

¡¿Qué?! No. No. ¡No! Joder. Joder. ¡Joder!

Todas extienden los dos brazos a un lado y comienzan a moverse perfectamente coreografiadas.

—¡Muévete! —grita mi hermana en un susurro desde bambalinas, meneando los brazos.

Mierda. No quiero.

Mi sobrina me mira. Sonrío, inquieta. No me queda otra.

Empiezo a imitarlas y comienzo a bailar. Entre lo nerviosa y acelerada que estoy, la falta de ensayos y lo de pequeña patosa, ¿recordáis?, soy la bailarina más horrible con diferencia. No tengo ni idea de cuándo hay que girar o sencillamente de qué hay que hacer. Me siento como cuando te apuntas a clase de zumba y te pasas dos semanas en la fila de atrás, pensando que todas las de la primera son profesionales contratadas por el gimnasio con el único fin de hundirte la moral y que nunca salgas de allí.

Pero lo peor no es eso, ¡oh, no! Lo peor es que, en un determinado momento, todas nos colocamos en abanico y, una a una, cada niña y cada adulta, de forma individual, debe situarse en medio del escenario y bailar unos segundos, siendo el foco de atención, tres palabras que ahora mismo odio profundamente. Y, lo que es todavía más mezquino, ¡se lo han currado muchísimo!: tembleque de caderas profesional, danza con palos, volteretas... y me toca.

Camino hasta el centro sin tener la más remota idea de qué hacer. La música sigue sonando. Todos me contemplan, expectantes. En este preciso instante decido asesinar a mi hermana en cuanto termine. ¿Qué hago? ¡¿Qué hago?!... y lo que hago es cavar mi fosa del bochorno un poco más honda porque empiezo a hacer malabares... imaginarios. Lo que habéis leído: muevo las manos como si tuviera tres pelotas en ellas y las lanzara al aire una y otra vez, pero siguiéndolas con la mirada y todo. Para rematar, finjo que lanzo las pelotas y las cojo entre el sujetador de cocos, doy una palmada y extendiendo los brazos. Creo que la gente no rompe a reír porque está estupefacta. Estoy segura de que, en breve, cambiarán el nombre del colegio de Montessori Day a Escuela del día en que la panoli más panoli fingió que se había escapado del Cirque du Soleil de los pringados.

Quiero que la tierra me trague.

Volvemos a la posición inicial, quince segundos más de hula y listo.

La gente rompe en aplausos y las niñas se inclinan para saludar. Sin embargo, yo solo quiero escapar. Echo a andar hacia el extremo del escenario, pero las ansias por huir me traicionan y, no sé cómo,

juro por Dios que no lo sé, me piso la falda, me tropiezo y me doy de bruces contra el suelo. Lo último que oigo antes de caer a cámara lenta, que siempre es más ridículo, son las hojas de la falda crujir y, como ya vaticiné, al levantarme, me doy cuenta de que me faltan dos, ¡se me ven las bragas! y, por supuesto, no en un costado, en el culo.

Me levanto, veloz, saludo, ¿ya qué demonios da?, y salgo disparada.

—Te odio —digo pasando junto a mi hermana—. Te odio muchísimo.

—No ha sido para tanto —replica sin molestarse en disimular la sonrisa de quien ha estado riéndose a carcajadas dos segundos antes.

El resto de las madres y las niñas pasan a nuestro lado desde el escenario, felicitándose por lo bien que lo han hecho. Algunas me miran de reojo y otras abiertamente, pero la felicidad pro-hula bien hecho les nubla demasiado la mente como para preocuparse por mí.

Me inclino sobre mí misma, tratando de arreglarme la falda y, por lo menos, poder volver a la clase para recoger mi ropa sin enseñarle a nadie más mis bragas.

—No me puedo creer que me hayas obligado a hacer semejante ridículo —me quejo. Estoy muy cabreada, aunque creo que el sentimiento se acerca más a la resignación.

Monica termina de saludar a la última madre y suelta un profundo suspiro sin perder la sonrisa.

—Yo te obligué a salir ahí, lo del ridículo ha sido cosa tuya.

Se acerca a mí, me aparta las manos y comienza a reconfecionarme la falda. No sé si fue un don que apareció el día que se convirtió en madre, pero, como todas, es un hacha con las manualidades y consigue volver mi falda en el elemento pudoroso que se espera en esta escuela de pijos.

Asiento mientras compruebo el resultado. Me siento como una auténtica pardilla. A pesar de todo, sé que ni mi madre ni mis hermanas lo hacen a propósito, pero, cada vez que estoy con ellas, al final, no puedo evitar acabar sintiéndome así, y lo odio.

—Será mejor que me cambie —gruño.

Ahora es mi hermana la que asiente, dando un paso atrás y cruzando los brazos al tiempo que me observa.

Yo echo a andar por el mismo pasillo que me traje hasta aquí.

—Gracias, pequeña patosa —se despide.

Alzo la mano sin girarme como respuesta y, sin quererlo, tuerzo los labios. ¿Alguna vez habéis tenido la sensación de no estar al nivel? Pues así es exactamente cómo me siento.

Decido darme unos minutos antes de volver al salón de actos y ver el resto de la función con la familia y, aún vestida de hawaiana, salgo al patio. Sé que todos están pendientes de la actuación, así que no hay ninguna posibilidad de que me tope con nadie aquí. Me dejo caer hasta apoyarme en la pared y, desanimada, me saco el cigarrillo que, prudentemente, escondí en uno de los cocos del sujetador y el encendedor con el que hice lo propio en el otro.

Me llevo el pitillo a los labios, lo prendo y le doy la primera calada. No vale absolutamente para nada, pero un efecto placebo es un efecto placebo y el de los cigarrillos parece ser el más conseguido del mundo.

—Pelotas de malabares, cigarrillos, encendedores... —enumera, burlona, una voz muy masculina cuando el humo de mi primera calada todavía no se ha disipado—. ¿Cuántas cosas más es capaz de guardar ahí dentro?

Alzo la cabeza y de inmediato lo busco con la mirada. No tardo en encontrar al dueño de la voz y me topo con un hombre alto y delgado, pero con cada músculo armónicamente marcado bajo un traje a medida de corte italiano, de esos carísimos, de color gris marengo, con una impoluta camisa blanca bajo él y una corbata delgada de un tono un poco más oscuro, quizá carbón, pero en una consonancia mezquinamente deliciosa.

Sus labios se curvan en una media sonrisa y, sin conocerlo absolutamente de nada, me doy cuenta de dos cosas: la primera, que ese gesto está bañado de pura arrogancia; la segunda, que, claramente, se está riendo de mí.

—Debería ver mis cocos de viaje —respondo sin achantarme—. Me caben dos portatrajes y un neceser con secador incluido.

El hombre me mantiene la mirada y, en contra de mi voluntad, estudio su rostro. El pelo, de un castaño casi dorado, peinado como un actor de Hollywood. La mandíbula marcada y los labios sexis completan un dibujo en el que reinan sus ojos, de un turquesa diabólicamente perfecto, como si, de pronto, toda la fuerza del mar pudiera concentrarse en un color. No cabe duda alguna. Es guapo, muy guapo.

—Si fuera usted, empezaría a preocuparme —replica—. Después de lo que ha pasado ahí dentro, puede que el gobierno de Hawái le confisque todo el material.

Entrecierro los ojos, analizándolo. ¿De qué va? Hay algo en él que me resulta familiar. Su mirada, la modulación de su voz, la manera en la que se mueve, incluso cuando no lo hace. Todo está teñido de una presuntuosa seguridad.

—¿Así es cómo pasa las tardes de miércoles, riéndose de las pobres chicas que no saben bailar el hula?

No es una cuestión al azar, quiero ver cómo reacciona. En realidad, ese es el principal motivo por el que los abogados hacemos el sesenta por ciento de las preguntas que hacemos; lo que nos interesa, más allá de la respuesta, es todo lo que leemos en el otro cuando las pronunciamos.

Él cabecea, fingiendo meditar la respuesta.

—Las tardes de miércoles, no —contesta al fin, con ese tono maliciosamente burlón—, pero las funciones escolares es otra historia.

Otra vez esa presuntuosa arrogancia, esa seguridad. Quiere llevarnos de cabeza a un juego al que se le da demasiado bien jugar.

—No es tan guapo como se cree —suelto a bocajarro.

Estoy cansada y los Holloway me han hecho sentir como la pequeña patosa en una reunión familiar más. No me apetece que ningún desconocido, por muy atractivo que sea, me utilice para reírse de mí y hacer tiempo hasta que su sobrino, el hijo de su novia o lo que sea salga a recitar a William Shakespeare vestido de Abraham Lincoln.

Lo he visto venir.

—Ni tú tan buena fingiendo que no llevas pensando exactamente en eso desde que me has visto —me rebate.

Suelto un suspiro completamente indignado. Puede que tenga parte de razón, pero no tiene ningún derecho a exponerlo de semejante manera.

—La malicia arrogante está sobrevalorada —sentencio, fría y distante. Aunque no lo parezca por mi irrisoria nómina, hacer de abogada se me da muy bien.

Él da un paso hacia mí. El patio ya no parece tan grande ni tan espacioso y un suave calor empieza a pesar más que el aire.

—¿Lo que está de moda es decir que no te pone cuando no podrías estar más mojada? —contraataca.

¡Pero ¿qué demonios?!

A la palabra *masculina* justo ahora tengo que sumar el adjetivo *grave* al hablar de su voz.

Me humedezco el labio inferior, obviando todo eso, que ahora esté un poco más cerca, y me centro en la conversación que nos ocupa.

—Eso ha estado fuera de lugar —le recuerdo.

—¿La sinceridad también está sobrevalorada?

De nuevo una canalla sonrisa se apodera de sus labios. El gesto mueve su expresión, creando un hoyuelo en su mejilla derecha, y me percató de lo peligroso que puede ser ese simple ademán para las mujeres del mundo.

—Esa, sí —certifico.

—Pero sigue siendo sinceridad.

Mi mente se cortocircuita y caigo en la cuenta de que acabo de dejarle meridianamente claro que tiene razón y me parece rematadamente sexy.

—Lo que yo decía —abandona en el aire, dando un paso más.

«¡Reacciona, idiota!»

—Y con lo que usted se equivocaba —le espeto, alzando la cabeza, remarcando el «usted» al que él ha renunciado, para marcar las distancias.

Y, dejando a un lado las metáforas, a esta distancia literal y estando descalza, me saca una cabeza sin problemas.

Yo también sonrío con cierto deje de superioridad moral, mi manera favorita de sonreír, sobre todo ante tíos ridículamente guapos y arrogantes que creen que pueden tener a cualquier chica en la palma de la mano.

—Vuelvo a decírselo —continúo—: por muy guapo que sea, necesito mucho más para que un hombre me haga sentir... —hago una pausa deliberadamente larga antes de pronunciar la palabra— algo.

Quiero que lea entre líneas que está lejos de provocarme incluso una mínima sensación.

—No creo que hayas usado la palabra adecuada.

Ladeo la cabeza. ¿Por qué tengo la sensación de que me está desafiando?

—Y, según usted, ¿cuál sería? —planteo.

—¿En cuál estás pensando tú?

—Excitación.

—Autoengaño —pronuncia con esa misma sonrisa en los labios.

Definitivamente, era un duelo en toda regla y acabo de perderlo.

Entorno los ojos, más enfadada que antes.

—¿Otra vez vas a recordarme lo guapo que soy? —me fastidia. Ahora mismo quiero darle una bofetada solo para que deje de sonreír.

—No, voy a marcharme —le dejo claro.

—¿También guardas las llaves de un coche en uno de los cocos?

—Lo que tenga debajo de los cocos no es asunto tuyo —gruño.

A la mierda el «usted».

Se toma un segundo para barrerme de arriba abajo con la mirada, lleno de descaro, antes de centrarse de nuevo en mis ojos azules. Estamos muy cerca y me hago un poco más consciente de él, de la suave calidez que desprende su cuerpo, de su olor a cítricos y a algo que me recuerda al metal y al cristal, a Nueva York, a la palabra *sofisticado*.

Da un último paso hacia mí. Me emborracho con su olor. Todos los músculos de mi cuerpo se estiran deliciosamente y la idea de

que, si levanto las manos, podré tocarlo se instala en el fondo de mi vientre.

Sonríe.

Lo sabe.

Le gusta.

Lo odio.

—Pero apuesto a que te encantaría —sentencia.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Quién demonios te crees que eres? —demandando.

Él me mantiene la mirada sin ningún problema, y esa sonrisa maliciosa y macarra sigue instalada en sus labios. Parece tener clarísimo lo que provoca en las mujeres; lo que ahora mismo, en contra de mi voluntad, está provocando en mí.

Abro la boca dispuesta a llamarlo cabronazo engreído. Es lo que se merece y lo que me muero de ganas de decir, ¿por qué quedarme con las ganas?

—Pequeña patosa, estás aquí —nos interrumpe mi hermana, caminando hacia la puerta del patio.

¿En serio tenía que llamarme justo así en este momento?

La sonrisa de él cambia a una más burlona, pero también más desdeñosa.

—Tienes que venir conmigo —insiste Monica—. Tengo que rellenar una piñata del tamaño de todo Brooklyn.

Achino los ojos sobre el desconocido. Creo que ahora lo odio un poco más por saber mi estúpido mote. Sin embargo, mi cerebro consigue calmar mi enardecido cuerpo, recordándole que no voy a volver a ver a este hombre tan atractivo como insufrible nunca más.

Todavía con sus preciosos ojos turquesa sobre los míos, suelto un largo suspiro. La versión oficial, para tranquilizarme y demostrarle que no me afecta lo más mínimo; la extraoficial... la extraoficial es un poco más complicada.

No me doy un solo segundo más y me obligo a echar a andar hacia mi hermana, que, cuando ya me tiene de frente, repara en él y se queda completamente embobada. Al llegar a su altura, la empujo para que empiece a andar, pero me lo pone realmente difícil.

—¿Quién es ese tío? —murmura, atolondrada.

—No lo sé —le explico con prisas, azuzándola para que se mueva.

—¿Qué te ha dicho? —vuelve a la carga, aunque por lo menos se ha desplazado un metro—. ¿De qué habéis hablado?

—De nada —farfulto—. Vámonos.

Por fin logro que reemprenda la marcha, pero... cuando solo nos hemos alejado unos metros...

—Hasta la próxima vez, pequeña patosa.

Su voz atraviesa el aire y despierta mi cuerpo para mal, con una ira casi infinita, y para bien, ya que cada terminación nerviosa vibra con el tono grave de su voz, imaginando sus sensuales labios.

Me giro dispuesta a fulminarlo con la mirada, pero no me da opción. Ha desaparecido.

Toda yo resoplo, decepcionada, pero automáticamente lo mando al diablo. No obstante, no puedo evitar quedarme el siguiente minuto, con sus largos sesenta segundos, observando la porción de patio donde estaba. ¿Quién demonios es? ¿De dónde ha salido? ¿Cómo ha conseguido que mi cuerpo se funda, despacio?

—¡Espabila! —grita mi hermana, sacándome de mi ensoñación. Ni siquiera sé cómo se llamaba.

\* \* \*

Ya cambiada, regreso al salón de actos. Una de las clases está bailando una versión muy libre de la canción *Good Morning*, de *Cantando bajo la lluvia*. Esa peli y ese tema siempre me hacen sonreír, así que se me olvida un poco lo enfadada que estoy.

No me puedo creer que haya vuelto a ser la pequeña patosa.

Cierro los ojos, mortificada, pero me obligo a dejar de martirizarme. Siendo completamente honestos, había bastantes posibilidades de que esto acabara así... no por nada es el deporte con más éxito practicado por mi familia, e incluso a veces por mí.

Me doy cuenta bastante rápido de que eso es otra manera de torturarme y decido prestar atención al espectáculo. Sin embargo, no tardo demasiado en mirar a mi alrededor. «Para distraerme»,

me digo. «Para buscar a ese tío tan odioso como atractivo», me admito.

En cualquier caso, no hay rastro de él.

Dos horas después estoy subiendo los escalones de mi edificio en Narnia.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Lexie desde el sofá.

Los canales suenan en la televisión interrumpiéndose unos a otros. No deben de poner nada divertido y mi mejor amiga es implacable con el mando. Si no la has cautivado en los cinco primeros segundos, mueres víctima del *zapping*.

—Nada en especial —respondo, descalzándome y dejándome caer a su lado—. En el metro, una ancianita, sin duda alguna en complot con mi madre y mi hermana Monica, me ha dicho que estaba soltera por pensar demasiado en los donuts. Monica me ha obligado a bailar el hula vestida de hawaiana delante de doscientas personas y he acabado enseñándoles el culo, después de hacer malabares imaginarios. Todo, en presencia de un cabronazo que estaba buenísimo y que después se ha reído de mí maliciosa, inteligente y arrogantemente.

Mi amiga me mira asintiendo, escuchando concienzudamente cada una de mis palabras.

—*Nolite te bastardes carborundorum* —responde sin trabarse una sola vez, haciendo referencia a la mítica frase popularizada primero por la escritora Margaret Atwood y, después, por la HBO, en «El cuento de la criada». Es latín a medias y mucho amor propio también, y viene a decir algo así como «no dejes que los bastardos te hagan polvo». Entre nosotras siempre ha significado un contundente «que les jodan».

La señalo con el dedo, dándole la razón, suelto un profundo suspiro y automáticamente doy la situación por acabada. Se terminó el darle vueltas.

—Además, ¿qué más puede pasar? —planteo.

¡¡¡Nunca te preguntes eso!!!